

A romantic scene in an autumn forest. A man and a woman are walking away from the camera down a path covered in fallen orange and yellow leaves. The man is wearing a light-colored jacket and dark pants, and the woman is wearing a tan coat. They are surrounded by tall trees with vibrant autumn foliage. The overall atmosphere is warm and intimate.

*Mar
Carrion*

Senderos

TERCIOPELO

Senderos

Mar Carrión



TERCIOPELO

Quiero dedicarle esta novela a mi madre,
pues no existe nadie en el mundo
a quien más le enorgullezca
la publicación de mis obras.

Prólogo

Se despertó súbitamente con un grito de angustia que le obstruía la garganta. Parpadeó con furia, intentando fijar la vista en algún lugar que le resultara familiar, pero a su alrededor se cernía una densa e impenetrable oscuridad. Sus pequeñas manos se aferraban como garras a las sábanas, que ella había estirado todo cuanto pudo para taparse hasta la nariz. Se lamió los labios, que estaban salados; las lágrimas le cubrían el rostro y el corazón le latía tan deprisa que parecía que iba a salirse del pecho.

Oyó que alguien gimoteaba a su lado, pero cuando aquel lloriqueo llegó a sus oídos por segunda vez, supo que salía de sus propios labios y que era el fruto de su miedo y de su dolor. Sintió el cuerpo pegajoso y cubierto de una capa de sudor frío que le adhería el pijama a la piel. Sus sueños solían ser muy vívidos y cuando despertaba se acordaba de casi todos los detalles pero, aquello, aquello no había sido un sueño. Era la primera vez en su corta vida que tenía una pesadilla, y había sido tan real, que le costó un buen rato comprender que nada de lo que había soñado era real.

La abuela seguía viva. Estaba muy enferma porque era muy anciana y sus padres le habían dicho que tenía una dolencia incurable, pero no estaba muerta como su pesadilla le había querido hacer creer. El alivio que sintió reguló los latidos de su corazón.

Sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad y pudo percibir las formas difusas de los ositos de peluche que decoraban una estantería que había a los pies de la cama. Eso también la tranquilizó, pero sabía que no conseguiría volver a conciliar el sueño hasta asegurarse de que la abuela se encontraba bien.

Seguía teniendo miedo; aun así se hizo la valiente y retiró las mantas de su cuerpo para salir de la cama. Sus pies no llegaron a tocar el suelo porque la abuela Ava se hallaba a su lado.

Estaba de pie junto a la cama, pequeña y vestida de negro, y sus ojos azules la miraban fijamente con una expresión muy apenada. En cambio, sus exangües labios le sonreían con muchísima dulzura. La niña pensó que la abuela la había oído llorar y que había acudido a su dormitorio para ofrecerle consuelo, pero entonces cayó en la cuenta de que eso era totalmente imposible. Ava no podía levantarse de la cama, su enfermedad se lo impedía desde hacía meses. La observó con los ojos muy abiertos y curiosos, su cuerpo menudo y encorvado tenía un resplandor blanquecino muy extraño, como si irradiara luz. Las lágrimas volvieron a agolpársele en los ojos cuando se percató de que podía ver a través de Ava.

La niña alargó el brazo para tocar a su abuela, y se asustó muchísimo cuando su mano la traspasó. En el rostro de la anciana se acentuó su pena y la nieta rompió a llorar porque no comprendía lo que estaba sucediendo.

—No llores mi niña —le dijo la anciana con la voz serena y amorosa—. Estoy aquí para decirte algo muy importante y quiero que me escuches con mucha atención.

La niña dejó de hipar, pero las lágrimas continuaron resbaldando por sus suaves mejillas. Ava transmitía tanta tranquilidad y tanto cariño, que dejó de sentir miedo.

—He venido a despedirme de ti, pero solo será una despedida física, porque siempre voy a llevarte en el corazón. —La abuela alargó la mano y rozó la mejilla infantil. La niña sintió un cosquilleo frío, muy frío, y el tacto era inmaterial—. Cuidaré y velaré por ti y por tu hermana desde el lugar al que me marchó. Por eso, no debes estar triste.

Sus miradas conectaron y se mantuvieron durante segundos interminables en los que la niña recibió la avalancha inmensa del amor que su abuela sentía hacia ella. Después, la abuela se desvaneció paulatinamente en el aire. Sin más. La pequeña parpadeó con fuerza, como queriendo atrapar la imagen de su abuela, y alargó el brazo para tocarla sin entender lo que estaba sucediendo; pero, al cabo de unos segundos, la oscuridad de la noche invadió el lugar que, instantes antes, había ocupado la anciana.

Capítulo 1

Un búho ululó y a Erin Mathews se le puso el vello de punta. Retrocedió unos pasos y alzó el rostro hacia las copas de los árboles. Las ramas de una conífera se movieron recortadas contra la luna menguante y entonces lo vio. Era enorme y la observaba con paciencia y tranquilidad, como si esperara el momento oportuno para echársele encima. Erin nunca antes había visto un búho salvo en televisión, pero sabía lo suficiente sobre ellos como para tener la certeza de que no atacaban a las personas. Soltó el aire lentamente por la boca y se abrazó un momento, dándose un tiempo para recuperar la entereza. Pensó que el bosque nocturno no le produciría miedo, pero se había equivocado.

Volvió a mirar a los increíbles ojos amarillos y redondos del búho y el pulso recuperó su ritmo usual. Junto al ulular del animal, se escuchaba un conglomerado de ruidos sibilantes como telón de fondo. El bosque de coníferas era un hervidero de criaturas nocturnas que abandonaban sus guaridas para disfrutar de la noche, pero Erin no estaba disfrutando tanto como había supuesto. La asustaban las serpientes, los roedores y toda clase de bichos que no fueran perros y gatos. Y si no podía verlos porque se deslizaban a oscuras, el miedo se convertía en pánico. Estaba segura de que si alguna de esas alimañas la rozaba, se pondría a chillar.

Nadie entendería que sintiera pavor hacia unos bichos inofensivos y que, por el contrario, estuviera emocionada ante la perspectiva de encontrarse con el fantasma de Susan Weis. Como investigadora de fenómenos paranormales a tiempo parcial, Erin sentía una absoluta fascinación por las ciencias ocultas y su máxima ambición en la vida era conseguir prue-

bas sólidas que las leyes físicas no pudieran rebatir. De momento, no había hallado ninguna aunque, lejos de desanimarse, su interés y su implicación se hacían más fuertes. Erin necesitaba creer que había algo más allá de lo que los ojos podían ver o las manos podían tocar.

Enfocó a su alrededor con el potente haz de luz de su linterna y tomó asiento en la superficie de una roca en la que crecía el musgo. Hacía una hora que deambulaba por el bosque, siguiendo el camino repleto de pistas que había dejado durante el día. Como temía perderse y no tenía ni idea de cómo funcionaba una brújula, por la mañana había atado cintas rojas en las ramas más bajas de los árboles para que, cuando regresara por la noche, la guiaran hacia el lugar exacto donde los oriundos de Chesterton decían haber visto al fantasma de Susan Weis.

El viento fresco que soplabá del lago Michigan emitió susurros entre los troncos de los árboles y la hizo estremecer de frío. Llevaba una chaqueta verde impermeable porque mayo era un mes lluvioso en esa zona, pero no conseguía mantener el calor. Erin se cruzó de brazos y aguardó a oscuras y en completo silencio.

Nada más llegar por la mañana, Erin reservó una habitación en un motel de Chesterton y se dedicó a hacer preguntas a los habitantes del pueblo. El proceso siempre seguía el mismo patrón: buscaba información en Internet o en la biblioteca municipal, y cuando tenía suficientes datos recopilados, hacía la maleta y se trasladaba al lugar de los hechos para pasar el fin de semana.

El búho volvió a ulular y Erin alzó la vista hasta que sus ojos volvieron a encontrarse con los siniestros y redondos ojos del animal. Se había movido ligeramente sobre las ramas, y el claro que estas formaban sobre su cuerpo mostraba su silueta oscura esculpida sobre la superficie de la luna.

—Apuesto a que esta es la primera vez que pasas la noche junto a una pirada como yo —comentó Erin de buen humor.

Era sábado por la noche y, en lugar de salir a tomar unas copas con sus amigos, allí estaba ella, sola en un bosque de coníferas de un pequeño pueblecito de Indiana situado a orillas del lago Michigan. Bueno, en realidad no estaba sola: se hallaba en compañía de un búho y de una decena de animales sin

identificar. Doscientos kilómetros de carretera la separaban de su hogar en Chicago, pero se sentía feliz. Había invertido tres semanas de trabajo en la leyenda de Susan Weis, y por fin estaba en el lugar de los hechos.

Como casi toda leyenda urbana, no existían pruebas de que hubiera sucedido realmente. Por ello, cuando se dedicó a indagar entre la población de Chesterton, se encontró con todo tipo de respuestas y reacciones. Algunos le cerraron la puerta en las narices y otros le ofrecieron versiones tan diferentes que no parecía que estuvieran hablando de la misma historia.

Por la tarde, después de colocar las cintas rojas en las ramas de los árboles para no desorientarse cuando llegara la noche, Erin se encerró en la mugrienta habitación de su motel e hizo una recopilación de todos los datos que disponía.

Era el 16 de mayo de 1972 cuando Susan Weis, una joven de Chesterton que celebraba su decimoséptimo cumpleaños, se reunió con unos amigos en el bosque con el objetivo de invocar a los difuntos. Pero algo fue mal aquella noche y el cadáver de Susan fue encontrado por la policía a la mañana siguiente, flotando sobre las aguas del lago. Cuando se interrogó a sus amigos, todos dieron la misma versión de los hechos: algo como surgido de la nada agarró a Susan y se la llevó consigo en dirección al lago Michigan. Las explicaciones de sus amigos fueron imprecisas porque el bosque estaba muy oscuro y nadie pudo ver lo que sucedió realmente.

Se decía que, desde entonces, cada 16 de mayo, el espectro de Susan Weis regresaba al bosque para llevarse consigo a cualquiera que anduviera fortuitamente por allí, y le daba la misma muerte injusta que había tenido ella.

La verdad es que no era la mejor historia que Erin hubiera escuchado. Habían descrito a la joven envuelta en raso blanco, con el cabello negro cayendo hacia la cintura y la tez tan pálida como el reflejo de la luna. Y además flotaba, no tenía pies y se podía ver a través de ella. Vamos, la típica idea que todo el mundo tenía en la cabeza sobre el supuesto aspecto de un fantasma. Pero aunque esas burdas descripciones que había recolectado en su incursión en el pueblo restaban credibilidad a la historia, Erin se sintió lo suficientemente intrigada como para dedicarle su tiempo.

Y allí estaba ella, desafiando al más allá de nuevo y deseando con todas sus fuerzas que Susan apareciera ante sus ojos, aunque se arriesgaba a que el espectro le tendiera la mano y la arrastrara hacia el lago, sin duda le arrebatría la vida mediante sus poderes sobrenaturales. Sonrió para sus adentros.

Erin recostó la cabeza sobre la dura corteza de un árbol y puso las manos entre las rodillas. Era medianoche, y tenía pensado permanecer allí sentada hasta que despuntara el alba. Estaba segura de que el miedo a los animalillos del bosque sería el mejor antídoto contra el sueño por las largas horas de espera.

El equipo que llevaba consigo ya estaba colocado y funcionando. Un par de cámaras de vídeo, estratégicamente ocultas entre las ramas de los árboles, se encargaban de grabar el escenario en su modalidad de visión nocturna, y había dejado una grabadora sobre la superficie lisa de una roca para captar sonidos que con frecuencia escapaban a la percepción del oído humano.

El búho alzó el vuelo y voló hacia la rama de un árbol vecino. Ahora estaba más cerca y su gran tamaño le resultó intimidante. Se fijó en que tenía las plumas tan negras como la noche. No le quitaba el ojo de encima. La observaba tan fijamente que ni siquiera parpadeaba, pero Erin terminó por acostumbrarse a su presencia.

Sobre las dos de la madrugada los párpados comenzaron a pesarle y, como no quería quedarse dormida, se levantó para estirar los músculos. Tenía el trasero dolorido y las piernas agarrotadas. Erin encendió la linterna y comprobó que las cámaras de vídeo seguían haciendo su trabajo. En casa tenía un estudio con un equipo de última generación que se encargaría de mostrar posibles imágenes que las cámaras hubieran registrado. La cinta de la grabadora continuaba girando desde la roca donde la había dejado.

Erin apagó la linterna y cruzó los brazos para protegerse de una ráfaga de aire que penetró bajo el impermeable haciéndola tiritar de frío. Su amigo el búho se había marchado en algún momento de la noche y las criaturas del bosque estaban ahora más calmadas. Erin alzó la barbilla y observó las ramas más altas de los árboles que formaban una pantalla sobre su cabeza.

La luna menguante trataba de filtrar su luz a través de las ramas, pero las coníferas eran frondosas y Erin estaba prácticamente a oscuras.

—Susan Weis, ¿puedes oírme? —La voz le tembló un poco a causa del frío más que de una posible respuesta—. Manifiéstate. Demuéstrame que no formas parte de una leyenda absurda. —Se movió sobre sus talones y, lentamente, describió un círculo de trescientos sesenta grados—. Vamos, vengo de lejos y no quiero marcharme a casa con las manos vacías. Mucha gente dice haberte visto. Yo quiero verte.

Evidentemente no hubo respuesta, y Erin volvió a tomar asiento sobre la base de la roca. Decidió que cerraría los ojos durante unos segundos, para aliviar el peso que sentía en los párpados, pero cuando los abrió ya había amanecido. Los rayos de luz matinal se filtraban entre las tupidas hojas verdes y disolvían la oscuridad de su alrededor. Erin dio un respingo y se puso de malhumor por haberse quedado dormida.

Al ponerse en pie descubrió que le dolía cada músculo del cuerpo. El frío, la humedad y la postura rígida los había entumecido. Se frotó los ojos y después hizo unos estiramientos. Mataría por una taza de café para dispersar la neblina que le invadía el cerebro, pero tendría que esperar hasta llegar al pueblo.

Mientras recogía el equipo y lo guardaba en su mochila, el desaliento ante otro infructuoso intento por establecer contacto con el más allá anidó en su interior, pero ningún revés ni investigación frustrada conseguiría hacer disminuir su empeño. Erin se cargó la mochila a la espalda y emprendió el camino de regreso a su todoterreno. Siguió el sendero que marcaban las cintas rojas y las fue desatando de los árboles. El coche estaba aparcado junto a la carretera, a un kilómetro del lugar donde había pasado la noche.

Ya al atardecer, cuando conducía de regreso a Chicago por la autopista que discurría paralela al lago Michigan, a Erin la animó pensar en todo el material recopilado. Disponía de las entrevistas que había hecho a los habitantes del pueblo y de una buena colección de fotografías que incluían Chesterton, la casa abandonada donde residió Susan Weis, y varias tomas del bosque y el lago. Todo ello sin contar con las horas de graba-

ción y filmación que aguardaban en su mochila. Le esperaba una semana emocionante.

Nada más llegar a casa, conectó la cámara de fotos al ordenador para descargar las fotografías y, mientras se despojaba de los vaqueros y la camiseta, la bañera se fue llenando de agua caliente. Erin roció el agua con sales de baño con olor a melocotón y vertió un buen chorro de su gel de ducha favorito. Después se recogió el pelo en lo alto de la cabeza con una goma. El agua estaba demasiado caliente, pero le vendría bien después de pasar una noche en el bosque.

Poco después de sumergirse en la fragante espuma, el teléfono fijo sonó desde el salón y saltó el contestador automático. Erin aguzó el oído, pero cuando escuchó la voz de su padre volvió a cerrar los ojos y apoyó la cabeza en el borde de la bañera. Wayne Mathews le preguntaba sobre su fin de semana en Ontario, pues Erin le había dicho que se marchaba con una amiga para visitar las cataratas del Niágara. Curvó los labios y se le formó una sonrisa perezosa. Si su padre llegaba a descubrir a qué se dedicaba su hija cuando se desprendía de las serias ropas que utilizaba en el trabajo, le daría un infarto. Por supuesto, no pensaba decírselo. Nadie en realidad estaba al corriente de que escribía para *Enigmas y leyendas* salvo los compañeros que colaboraban en la revista y su hermana Alice.

Cuando salió del baño, se puso ropa cómoda y le devolvió a su padre la llamada antes de que se le ocurriera presentarse en su casa. Erin había visitado varias veces Ontario, por lo que no tuvo que inventar ningún dato sobre lo fabulosas que eran las cataratas del Niágara. Después rebobinó la cinta del contestador para escuchar el resto de los mensajes mientras se preparaba algo ligero para cenar. Entre ruido de platos y cubiertos, oyó la melodiosa voz de Bonnie Stuart preguntando sobre sus andaduras por Indiana. Bonnie era una colaboradora de la revista y una buena amiga. Además de eso era su cómplice, su coartada perfecta cada vez que salía de la ciudad para llevar a cabo una investigación.

Hablaron por teléfono mientras se comía el plato de pasta con salsa de setas y después telefonó a Alice. Tras pasar ocho largos años al frente de la delegación de Mathews & Parrish en Londres, su hermana Alice había regresado a Chicago hacía

quince días y todavía estaban poniéndose al corriente de sus vidas. Siempre habían mantenido un contacto regular, como mínimo hablaban una vez por semana y siempre se veían en Navidad, pero nunca había sido suficiente. Erin todavía estaba furiosa con su padre por haber enviado a Alice tan lejos, y los motivos por los que lo hizo todavía eran más deleznable.

Vio la televisión un rato, pero la programación era tan aburrida que enseguida se adormeció. Erin tenía la intención de trasnochar para visualizar las cintas de vídeo que había grabado en el bosque, pero estaba rendida y, en su estado, no sabría diferenciar a un fantasma del tronco de un árbol. Con los ojos entornados y la mente embotada por el sueño, Erin hizo un rápido cambio de planes y se marchó a la cama. En cuanto se deslizó entre las sábanas limpias y apoyó la cabeza sobre la almohada, cayó en las garras de un sueño profundo.

Nada más amanecer, Erin siguió el ritual de todos los días. Escogió un traje chaqueta de color verde esmeralda y se hizo un recogido formal en el pelo. Cada vez que se miraba al espejo antes de salir al trabajo, no podía sentirse más lejana de la imagen seria y distante que proyectaba. Wayne Mathews seguía una rígida política empresarial, que incluía la forma de vestir de sus empleados. Así, tanto hombres como mujeres debían ir con trajes a medida y los zapatos impolutos. Su padre era excesivamente estricto y conservador y no permitía que nadie se saltara esa norma. En una ocasión despidió a un empleado por acudir a trabajar en vaqueros. Dio igual que Erin le dijera que los vaqueros le sentaban de miedo.

Erin rehuía cualquier tipo de enfrentamiento con su padre desde hacía mucho tiempo, pues las disputas verbales no la conducían más que a callejones sin salida. Mathews & Parrish era su territorio y él era el rey, al igual que lo era en su casa salvo que, afortunadamente, Erin ya no vivía bajo el mismo techo de su padre desde hacía muchos años.

Ya en la calle, Erin hizo un alto en el camino para comprar un bollo recién hecho en su panadería favorita. Normalmente desayunaba en el despacho, pero en los últimos días acudía a Grant Park, junto al lago Michigan, para dar un paseo mientras se comía el bollo junto al zumo de naranja natural que se preparaba en casa.

Mayo suponía para muchos el comienzo de actividades al aire libre, y el lago estaba ya repleto de barcos, veleros, lanchas motoras y pequeñas embarcaciones con remos. Pero no era la fascinante panorámica del lago surcado de barquitos lo que Erin iba a buscar allí todas las mañanas. Había descubierto que Neil Parrish solía correr por Grant Park a las siete y media de la mañana, y que las ropas de deporte le sentaban todavía mejor que los trajes.

Erin dio un sorbo a su zumo de naranja y mordió un trozo de bollo. El azúcar se le quedó adherido al labio superior y se lo lamió mientras observaba disimuladamente a todo aquel que se aproximaba corriendo y se cruzaba con ella. Pensó en qué le diría si se lo encontraba; esperaba no quedarse atascada como la última vez. Cuando se cruzaba con él en las oficinas no se mostraba tan torpe porque siempre había alguna cuestión relativa al trabajo para entablar conversación, pero fuera de los muros de Mathews & Parrish la mente se le quedaba en blanco.

El viernes le había dicho que hacía una buena mañana para correr, y a Erin empezaba a preocuparle su falta de elocuencia con Neil Parrish.

Mientras paseaba y se terminaba el desayuno, procuró encontrar algo inteligente que decirle, algo que le robara la respiración, que lo dejara profundamente fascinado por sus encantos y le hiciera desear acercarse.

Desde que conocía a Neil Parrish, hacía por lo menos la friolera de quince años, nunca se había dado la situación de que ambos estuvieran emocionalmente libres. Unas veces era Neil quien tenía pareja y otras veces era ella quien salía con alguien, aunque era más común lo primero que lo segundo. Luego él se marchó con Alice para ocuparse de la sede de Mathews & Parrish en Londres y las esperanzas de Erin se truncaron de raíz. Neil siempre le había gustado mucho —bueno, muchísimo— y Erin fantaseaba con la idea de que, algún día, ambos tuvieran una feliz historia de amor de las que duraban toda la vida. Y ahora, tras quince años de contratiempos y de recorrer caminos diferentes, por fin las circunstancias eran favorables. Erin no salía con nadie y Neil era un hombre divorciado desde hacía unos meses. Parecía que la situación era perfecta, salvo

por un pequeño inconveniente: Erin no tenía ni idea de cómo desprenderse de la imagen que Neil tenía de ella para que comenzara a considerarla como una posible pareja.

«Será mejor que espables antes de que aparezca alguna otra y te lo robe delante de las narices», se dijo.

Neil surgió de entre un grupo de patinadores y a Erin se le aceleró el pulso.

Con un brusco y rápido movimiento, Erin soltó el envase vacío sobre una papelería que tenía a su alcance y se frotó las manos para hacer desaparecer el azúcar que tenía adherido a los dedos. No tenía tiempo para echarse un vistazo en su espejo de mano pero, discretamente, se pasó la yema de un dedo por el contorno de los labios para comprobar que todo estaba perfecto. Neil avanzaba imponente, destacando entre la gente que le rodeaba a paso rápido y firme. Con la edad, los rasgos inmaduros que la enamoraron en la juventud se habían vuelto más atractivos y seductores. Su cuerpo también se había ensanchado y era un placer admirarlo bajo las ropas de deporte.

Erin se embelesó unos segundos, pero recuperó el control en cuanto Neil advirtió su presencia. Cuadró los hombros y cerró la mano alrededor de la correa del bolso, y él esbozó una sonrisa y disminuyó el ritmo de sus zancadas. Erin se obligó a mirarle a los ojos ante el empeño de estos por descender y admirar otras partes de él igual de atractivas. Se dijo que no actuaría con torpeza, pero conforme lo miraba las respuestas involuntarias de su cuerpo hicieron acto de presencia y los nervios la asaltaron.

—Buenos días, Erin. —Neil se detuvo ante ella. Su respiración era agitada y su pecho subía y bajaba bajo la camiseta blanca—. Sabía que en cuanto lo probaras, te aficionarías a pasear por Grant Park antes de acudir a la oficina.

—Sí, es relajante. —Sonrió a medias, su mente trabajaba a miles de revoluciones por minuto para decir algo interesante que lo retuviera a su lado—. Y hace un día estupendo.

«¿Pero qué acabas de decir? No puedo creer que hayas vuelto a mencionar el tiempo. Idiota.»

—El viento sopla con demasiada fuerza —la contradijo—. ¿Pero qué le vamos a hacer? Esto es Chicago —añadió con una sonrisa.

A Erin se le evaporó la sonrisa. No solo había hecho un comentario manido, sino también absurdo porque hacía demasiado viento. Para cuando quiso arreglarlo, Neil se adelantó y le dijo que debía seguir corriendo antes de que se le enfriaran los músculos. Erin asintió sin rechistar porque si hablaba se pondría roja de vergüenza.

—Nos vemos en la oficina.

Neil desplegó otra sonrisa cautivadora y se puso en marcha. Erin lo observó mientras se alejaba y la frustración le apretó las entrañas. Luego se desinfló poco a poco.

«Vamos, es pronto para rendirse. Solo hace dos semanas que está aquí.»

Dos semanas no eran nada cuando había esperado tantos años, y con ese pensamiento recuperó el humor. Lo vio desaparecer tras un grupo de mujeres que caminaban a buen ritmo y entonces tuvo una idea que le pareció brillante. Le propondría salir a correr con él. Erin no podía recordar los años que hacía que no corría, pero no era ningún disparate volver a ponerse en forma al tiempo que trataba de seducirlo. A Neil le gustaban las mujeres decididas y sin pelos en la lengua, por lo tanto, tendría que comportarse como tal si quería atraer su atención.

El grupo de mujeres la adelantó y Erin siguió su camino. Tenía la palma de la mano sudada sobre la correa del bolso y miró la esfera de su reloj de pulsera. Todavía era pronto para ir a la oficina, así que caminó hacia la orilla del lago y dejó que el aire puro y fresco le despejara la cabeza.

Las aguas del lago Michigan presentaban una variopinta mezcla de colores. Había ráfagas de azul oscuro al fondo, y el sol del amanecer le arrancaba a la superficie vetas doradas que brillaban y centellaban mecidas por el oleaje. Las embarcaciones levantaban espuma blanca que formaba trazos desordenados y de distinto grosor. Erin había crecido con el viento y no la incomodaba en absoluto. Le habría gustado deshacerse el peinado, estirar los brazos y dejar que el aire revolviere sus cabellos. En lugar de eso, anduvo hacia el embarcadero solitario y observó cómo el agua lamía las tablas de madera bajo sus caros zapatos de tacón. Su mirada vagó hacia un lado y otro del bello paisaje hasta que se detuvo en la pequeña barquita de re-

mos que se estaba hundiendo en el agua como si fuera un pesado pedazo de plomo.

La barquita cobijaba a un tripulante que estaba de espaldas a Erin, con las manos apoyadas en las caderas y los brazos en jarras. El hombre se pasó una mano por el pelo castaño y movió la cabeza en señal de rendición, como si esperara que aquello sucediera.

Erin se acercó con curiosidad hasta el final del embarcadero y se llevó la mano a la frente para hacer de visera. Unos veinte metros la separaban del bote de remos y de su ocupante, y una ráfaga de aire trajo a sus oídos las maldiciones que profería el hombre.

—¡Se está hundiendo! —exclamó Erin.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —le contestó con sequedad, sin darse la vuelta.

—¿Quiere que vaya a llamar al guardacostas? El agua debe de estar congelada. Si me dice dónde encontrarlo puedo ir a buscarlo.

Él volvió a mover la cabeza, descartando su ofrecimiento.

—No se moleste. La barca se hundirá antes de que usted consiga llegar a la orilla.

Eso es lo que parecía y eso es lo que sucedió. Pero antes de que la pulida madera desapareciera bajo la superficie aguamarina, el hombre se quitó las botas, dio un salto acrobático y se lanzó de cabeza al lago.

Erin frunció el ceño y se estremeció al pensar en lo fría que debía de estar el agua. Se abrazó instintivamente mientras observaba al náufrago, que se acercaba velozmente al embarcadero braceando con fuerza, como si no le molestaran las ropas ni el frío que seguro sentía. Erin se preparó para socorrerle, aunque no sabía muy bien qué hacer.

Una rápida mirada a su alrededor le mostró la forma en que podía ayudar. La escalerilla confeccionada con gruesa cuerda de esparto yacía sobre las bastas tablas del embarcadero, y Erin se agachó para cogerla y arrojarla al agua. Después aguardó a que llegara.

Con la cabeza sumergida y las extremidades estiradas, él se deslizaba como una rápida anguila. Cada tres brazadas asomaba la cabeza para tomar aire, pero las salpicaduras que levanta-

ban sus brazos no le dejaron verle la cara hasta que llegó al embarcadero. Erin se quedó sin habla cuando una mano grande y morena se aferró a las tablas y emergió a la superficie. Se impulsó con los brazos y subió con agilidad. Sus ropas empapadas formaron un charco sobre la madera y él se tomó un segundo para sacudirse el agua del pelo mientras volvía a blasfemar en voz baja.

El náufrago era Jesse Gardner.

Cuando la miró con sus penetrantes ojos azules Erin supo que la había reconocido de inmediato. Erin no había tenido mucho trato con él, pero sí el suficiente para saber que Jesse Gardner era un hombre muy temperamental. De repente, que su barca se hubiera hundido y él estuviera calado hasta los huesos pareció perder interés para él y todo su malestar se concentró en ella. La taladró con la mirada como si pretendiera exterminarla y Erin se puso tensa como un arco.

—Joder, y yo que pensaba que el día no podía estropearse más.

Tanto sus ojos como su voz expresaron una profunda aversión que la hicieron sentir como si fuera poco menos que una vulgar asesina. Gardner le dio la espalda y emprendió el camino hacia el paseo con la firme intención de ignorarla, y aunque a Erin esa reacción le pareció hasta lógica teniendo en cuenta los antecedentes que los unían, un extraño impulso la llevó a seguir sus largas zancadas hasta que se puso a su altura.

Miró su tenso perfil cubierto de pequeñas gotitas de agua que también pendían de las puntas de su largo cabello. Tenía un atractivo descarado y una sexualidad arrolladora. Precisamente ese aspecto peligroso fue el que hizo suspirar a casi todas las trabajadoras de Mathews & Parrish mientras él trabajó para la compañía aérea. Erin solo lo había visto en dos ocasiones, el día que lo contrató y el que lo despidió, pero era esa clase de hombre al que no se olvida con facilidad.

—Debería cambiarse de ropa inmediatamente o cogerá una pulmonía —dijo con cautela.

—Cuando necesite un consejo, usted será la última persona a la que se lo pida.

Al menos le había dado una respuesta.

—¿Cómo es que se ha hundido su barca?

Jesse Gardner se paró en seco y la miró de frente, con los ojos entornados y encendidos de un furor tan latente que Erin estuvo a punto de retroceder un paso.

—¿De verdad piensa que puede entablar una conversación conmigo como si fuéramos colegas o algo parecido?

—No pretendo ser amiga suya, solo intento ser amable.

—¿Amable? —Gardner arqueó las cejas con sorpresa y luego se rio en su cara.

—La verdad es que no esperaba volver a encontrarme con usted. Chicago es una ciudad inmensa y...

—Al parecer, no lo suficiente —la interrumpió.

Gardner retomó el paso y Erin lo siguió.

—Suelo venir a pasear a Grant Park a estas horas. Es probable que volvamos a vernos aunque le desagrade.

—En ese caso gracias por la información. Trataré de cambiar mis horarios.

Erin suspiró lentamente.

—Aunque no me crea, quiero que sepa que espero que las cosas le estén yendo bien y que pronto consiga rehacer su vida.

—¿Me toma el pelo, señorita Mathews? —Pronunció su nombre con renuencia.

—No, se lo digo en serio. Ya sé que usted piensa que todos los que trabajamos en Mathews & Parrish somos unos delincuentes pero...

—No se equivoque. Hay gente honrada trabajando allí, pero usted en concreto no me lo parece.

—¿Por ser la hija del presidente de la compañía?

—Por eso y por consentir que la mierda siga oculta debajo de la alfombra —le contestó él con tono beligerante—. Y ahora apártese de mi camino.

Erin temió que la empujara al lago si no obedecía, y si la empujaba seguro que caería, porque él era el doble de grande que ella e iba armado con una buena proporción de músculos. Dejó que Gardner se marchara, dando grandes zancadas y cortando el viento con su cuerpo cargado de la rabia que ella le había provocado. Y Erin se quedó pensativa y desalentada.

A lo largo de los años, habían sido muchos los trabajadores y sobre todo las empresas que se habían enfrentado a su padre

interponiendo demandas de toda índole, unas veces con razón y otras sin ella, y Erin vivía despreocupada de los procesos judiciales porque para eso estaban los abogados de la empresa. Sin embargo, el que interpuso Jesse Gardner contra la compañía la afectó en particular y lo hizo por dos razones en principio contradictorias. En primer lugar, por la dura acusación que Gardner había formulado contra la empresa y que ponía en tela de juicio el prestigio ganado a lo largo de muchos años de trabajo duro. Erin confiaba a ciegas en la integridad moral y profesional de su padre y sabía que no podían ser ciertas todas esas cosas tan terribles de las que intentaron acusarlo. Y, en segundo lugar, una parte de sí misma no podía evitar apiadarse de Jesse Gardner, pues la sentencia que el juez dictó en su contra lo dejó prácticamente en la calle.

Nadie habría entendido esa compasión hacia el hombre que había tratado de hundir a su padre, pero es que Erin nunca llegó a comprender las especulaciones que todos hacían respecto a Gardner. Se decía que buscaba el dinero fácil y que denunciando a la empresa conseguiría un despido mucho más sustancioso. Pero ¿qué hombre en su sano juicio se atrevería a enfrentarse a un litigio de tamañas dimensiones por unos pocos miles de dólares?

Desde luego, esa forma de proceder no le cuadraba con la imagen que se había forjado de él. No lo conocía mucho, pero en la entrevista que mantuvieron antes de ser contratado le pareció un hombre honrado, y eso mismo también quedó constatado en las referencias que Erin solicitó a las empresas en las que había trabajado previamente, y que fueron todas impecables.

No era asunto suyo y ni siquiera siguió el juicio de cerca, pero Erin seguía pensando que algo no cuadraba en aquella ecuación.

Capítulo 2

Hacía unos días que Jesse Gardner había descubierto la razón por la que no conseguía que ninguno de los botes que construía se mantuviera a flote. La solución se llamaba base de flotación. Las cámaras de aire debían ser muy precisas y dependían de las dimensiones y del peso del barco. Hasta la fecha, había dejado poco espacio de flotación y por eso todos los botes se hundían como piedras en el mar. Hizo muchos cálculos sobre hojas de papel para hallar una fórmula que le diera un resultado exacto y pensó que por fin tenía el problema resuelto. Obviamente no era así y tendría que volver a revisar la fórmula. Cuando diera con la solución, podría dedicarse al cien por cien al *Erin*, mientras tanto, tendría que continuar haciendo todas esas pruebas con pequeñas embarcaciones.

Esa mañana Jesse se había levantado temprano y de buen humor porque hacía un día estupendo para navegar y para comprobar sus progresos. Aunque las aguas del lago Michigan andaban algo revueltas bajo la acción del viento que soplabo del norte, el sol lucía espléndido en el cielo carente de nubes; algo insólito para la época del año en la que se encontraban, pues a finales de mayo solían abundar los días lluviosos y grises.

Con el bote cargado en el remolque, condujo hacia el embarcadero más cercano de Grant Park, aprovechando que la mayoría de los aficionados a la navegación solían acudir un poco más tarde de las siete. A esta hora de la mañana las aguas estarían más tranquilas. Ya en el lago, su optimismo se desvaneció cuando comprobó que había errado en los cálculos y que iba a darse un indeseado chapuzón. Este bote, sin embargo, aguantó sobre la superficie varios minutos más que el ante-

rior, y aunque ese dato no le privó de cierta decepción, él no era un experto en construir barcos y decidió que se trataba de un pequeño progreso.

Pero el malestar ante el inminente hundimiento no fue nada comparado con el que sintió en cuanto sus ojos se toparon con los de Erin Mathews. El encontronazo con la mujer le había puesto de un humor de perros y mientras conducía de regreso a casa, rememoró en contra de su voluntad algunos episodios desagradables acaecidos en su paso por Mathews & Parrish.

El menor de los agravios sufridos fue quedarse sin empleo, porque podía encontrar otro y con mejores condiciones en cualquier sitio. Lo que realmente le enfurecía era que le hubieran retirado la licencia para pilotar durante seis meses.

El juicio contra Mathews & Parrish fue un juicio injusto y amañado, y la sentencia favoreció a la parte que tenía más dinero. Su abogada le advirtió que la flota de abogados de Mathews & Parrish le aniquilaría a no ser que contase con pruebas fehacientes; pero la única prueba de la que Jesse disponía era lo que había visto con sus propios ojos. Sin embargo, su sentido del deber no le permitía cerrarlos e ignorar algo tan grave como lo que había descubierto. Jamás dudó que debía denunciarlo y que dar ese paso conllevaría su inminente despido, pero de todas formas, sabiendo lo que sabía, si no le hubieran despedido habría sido él quien se hubiera marchado de la empresa.

Jesse se exasperó y apretó el volante con fuerza cuando entró en Bronzeville. Su abogada estaba preparando la apelación, aunque todavía no sabía de dónde sacaría el dinero para pagarle los honorarios. Las costas judiciales le habían dejado en bancarrota y, sin un empleo a la vista, no tenía ninguna fuente de ingresos segura. Muy pronto su situación comenzaría a ser alarmante, pero él era un hombre de recursos y saldría de esa.

Jesse trataba de no pensar en ello, salvo cuando sentía una necesidad imperiosa de subirse a un avión. Entonces se enfurecía de verdad, se ponía unos guantes de boxeo y descargaba toda su rabia contra el saco de arena que tenía colgado en el garaje.

Todavía no había decidido qué hacer mientras su licencia para pilotar continuara en suspenso. Aún debía esperar cuatro

meses más, no era mucho tiempo, pero la demora se le hacía insoportable. Había pensado en largarse de Chicago durante una temporada, pero fuera donde fuera estaba jodido, porque su licencia abarcaba todo el territorio de Estados Unidos.

Algunos compañeros de trabajo le sugirieron que disfrutara de aquellas vacaciones forzosas, pero el problema era que odiaba disponer de tantas horas ociosas.

Al menos tenía al *Erin*, el velero en el que trabajaba diariamente desde que se quedara sin empleo. De momento no era más que un proyecto, pues solo había construido el armazón del barco, pero a ese ritmo de trabajo pronto podría salir a navegar en él.

Si daba con las medidas de las bases de flotación.

Erin le parecía el nombre ideal para bautizar a su velero, porque el barco que tenía su padre cuando él era niño se llamaba así. Razones sentimentales le empujaban a hacer un pequeño homenaje a Robert Gardner, que había muerto hacía unos años en Beaufort y cuya pasión por navegar había heredado. Sin embargo, en ese preciso instante el nombre le desagradó profundamente, porque le recordó a la mujer que acababa de encontrarse en Grant Park.

Tras meter el coche en el garaje, miró la hora en su reloj de pulsera y decidió que aún disponía de un par de horas para trabajar antes de reunirse con Chad.

El tiempo corría deprisa entre tablones de madera, sierras eléctricas, barnices y diversas herramientas de carpintería. Jesse pasó casi dos horas serrando y puliendo madera y acabó empapado en sudor. Pese a que la mañana de mayo era fresca, cuando terminó parecía recién salido de una sauna.

Se limpió las manos con un trapo sucio que dejó arrugado sobre un banco de madera y contempló con orgullo el esqueleto del *Erin*. Después subió de dos en dos las escaleras que conducían hacia la planta de arriba, sin preocuparse de que sus pies descalzos y sucios fueran dejando un rastro poco atractivo sobre la madera. Fue entonces cuando reparó en que no se había quitado las ropas mojadas tras el chapuzón. Tendría suerte si no pescaba un buen resfriado.

Junto al toallero encontró un sujetador de color frambuesa y Jesse frunció las cejas. Sabía de quién era, pero no conseguía

recordar su nombre. Lo tomó por el tirante y lo echó a la cesta de la ropa sucia. Si su propietaria lo reclamaba se lo devolvería, pero prefería que la guapa morena con la que se había tomado unas copas la noche anterior, no lo hiciera. Tenía una regla que seguía a rajatabla en cuestión de mujeres, y es que no repetía con la misma mujer dos veces seguidas.

Jesse se metió en la ducha y el agua fresca dejó su mente en blanco, alejando los sinsabores que la estirada señorita Mathews había traído de regreso a su cabeza. Cuando se puso los vaqueros limpios y la camiseta, Jesse ya pensaba en su amigo Chad y en las noticias succulentas que traía consigo. Chad se había negado a adelantárselo por teléfono cuando lo llamó la noche anterior desde su casa en Beaufort, y Jesse detestaba que su amigo se pusiera en plan misterioso. Por regla general, esa actitud implicaba que se había producido algún giro inesperado en su vida que, por añadidura, también a él le salpicaría.

Chad Macklin era su mejor amigo. Se conocían desde que llevaban pañales, y aunque Jesse no había regresado a Beaufort en los últimos años, Chad viajaba con frecuencia a Chicago. Nunca perdieron el contacto a pesar de las circunstancias.

La cafetería donde había quedado con Chad estaba cerca de su casa e hizo el camino a pie. Desde que no tenía que desplazarse al aeropuerto O'Hare, y salvo que tuviera que acudir al centro de la ciudad, iba a todos sitios caminando.

Vivía en una modesta casita residencial de Bronzeville, a cinco minutos del lago Michigan. No era gran cosa, pero nunca había necesitado lujos ni grandes espacios, salvo cuando volaba. En la planta baja estaba el garaje, que albergaba su coche y una amplia zona que él había convertido en su lugar de trabajo. En la planta de arriba estaba la casa, sesenta metros cuadrados de terreno perfectamente aprovechados. No necesitaba más que un comedor, un baño y dos dormitorios, uno de los cuales utilizaba de estudio. Lo que más le gustaba de esa vivienda era la terraza, que estaba orientada hacia el lago Michigan. La inmensidad de sus perfiles azules le recordaba la costa del Atlántico y Beaufort. El cielo de su pueblo natal era inmenso. Si volvías la cabeza hacia el oeste, aquel acababa allí donde despuntaban los perfiles redondeados de las montañas

Blue Ridge, y si mirabas hacia el este, finalizaba en un punto donde era imposible distinguirlo de las agitadas aguas del océano Atlántico. A veces lo echaba de menos, y sabía que tarde o temprano regresaría. No se quedaría a vivir allí, pues Beaufort no era tan grande como para albergarles a ambos, a él y a June, pero la nostalgia sí era lo suficientemente fuerte como para obligarle a ir de visita. Algún día.

Poco antes de llegar a la cafetería donde había quedado con Chad, se detuvo en el quiosco para comprar el último número de la revista *Sailing*, que ese mes incluía un suplemento muy ilustrativo sobre las mejores marcas de barnices y siliconas que existían en el mercado para los acabados de los barcos.

Cuando entró en la cafetería, Chad todavía no había llegado. Jesse tomó asiento en la barra, desplegó la revista sobre el mostrador y le pidió a Pete un café bien cargado. Era la hora del almuerzo y el pequeño local era una bulliciosa aglomeración de voces, ruidos de cubiertos y música ambiental. Jesse solía ir más temprano para evitar la hora punta, pero Chad había tomado un avión de madrugada y se negó rotundamente a levantarse antes de las once.

Se hallaba inmerso en la lectura sobre el taponamiento de juntas, cuando sintió un afectuoso apretón en el hombro.

Chad lucía un aspecto bronceado y saludable a pesar del cansancio del vuelo, y una sonrisa igualmente vigorosa que sin duda estaba relacionada con aquello que tenía que decirle. Aunque iba a Chicago con frecuencia, hubo unas cuantas palmaditas en la espalda y apretones de manos antes de que Chad tomara asiento. Pidió otro café para él e hizo un comentario jocoso sobre la nueva afición de Jesse, que estaba desplegada sobre la barra.

—No es nueva, sabes que siempre quise construir mi propio barco. Ahora me sobra el tiempo. —Jesse cerró la revista y la dejó a un lado—. Desembucha. ¿Qué ha hecho que muevas el culo en plena noche desde Beaufort hasta aquí?

Y Chad se lo dijo sin rodeos, aun a sabiendas de que a Jesse podría ocasionarle un ataque al corazón.

Primero Jesse se echó a reír a carcajadas, como si Chad estuviera tomándole el pelo. Pero cuando comprobó que el rictus de Chad no variaba, a Jesse se le congeló la sonrisa y su expre-

sión se volvió indescifrable. Los ojos castaños de Chad estaban serenos, y halló en ellos una especie de luz que Jesse nunca antes había visto en ellos.

—¿Así que no estás bromeando?

Chad movió la cabeza lentamente y las comisuras de sus labios se alzaron.

Un estado de conmoción debía de ser lo más parecido a lo que Jesse experimentó en ese instante. Su aturdimiento era tan espeso, que se volvió hacia el camarero y le pidió que le sirviera un whisky bien cargado. Solo con una buena dosis de alcohol en las venas sería capaz de asimilar una noticia tan espeluznante como la próxima boda de Chad.

No estaba seguro de qué le sorprendía más, si la boda o la mujer con la que iba a casarse. Linda McKenzie había sido la empollona de la escuela, la chica menos popular del colegio con la que ningún chico, incluido Chad, quería salir. Ahora Chad le contaba que Linda había regresado al pueblo después de quince años perdida en algún lugar de Kansas, y le aseguraba que ya no quedaba nada en ella que pudiera utilizarse para establecer relación con la antigua Linda.

Cuando el camarero abrió la botella de Jack Daniel's, Chad le indicó que se ahorrara el whisky y acogió la reacción de su amigo con humor. El desconcierto de Jesse alcanzó entonces su cota más elevada.

—Hablamos de la misma Linda, ¿verdad? Gafas de culo de vaso, dientes prominentes... —le recordó, como si Chad se hubiera vuelto loco de remate—. La hiciste llorar cuando en segundo introdujiste un ratón en el interior de su mochila.

Chad hizo un gesto con la mano.

—Ahora lleva lentillas y durante años utilizó un corrector para los dientes. Tiene una sonrisa preciosa.

—¿Qué te ha pasado desde la última vez que viniste? ¿Has estado metido en alguna secta? —Jesse cabeceó—. Tú no eres de los que se casan, y menos con la *Bugs Bunny*.

En el instituto la llamaban así por sus dientes de conejo.

—Supongo que he madurado. Y te aseguro que cuando veas a Linda quedarás impresionado. —Chad apoyó una mano en su hombro, le miró directamente a los ojos y le habló desde la supuesta madurez que proclamaba—. Tengo treinta y ocho

años y he disfrutado de la vida tanto como he podido. Pero a todo hombre le llega el momento de sentar la cabeza.

—Te recuerdo, por si lo has olvidado, que durante muchos años mi cabeza estuvo bien sentada. ¿Y total para qué? Todo ese tiempo desperdiciado.

—No todas las mujeres son iguales. Yo confío en Linda.

—Yo también confiaba en June.

Chad sabía que esa conversación no iba a conducirles a ninguna parte. Jesse estaba profundamente resentido con las mujeres y no quería oír hablar de relaciones serias. En cierta manera le entendía, aunque no era justo que las juzgara a todas por el mismo rasero.

—La boda se celebrará en Beaufort —anunció Chad.

Jesse tomó un sorbo de café, pues pasada la sorpresa inicial, ya podía tragarlo sin atragantarse.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? ¿Hace un mes, dos meses? —le preguntó a su amigo.

—Hace un mes y medio.

—Vaya, mes y medio. —Jesse resopló con teatralidad—. Es poco tiempo para tener que recordarte lo que sucedió.

—No es necesario que me lo repitas —dijo con parsimonia—. Estaba un poco borracho pero lo recuerdo todo perfectamente. Salimos de fiesta, nos enrollamos con unas tías impresionantes y yo acabé en la habitación de mi hotel con una rubia guapísima.

Jesse asentía a cada palabra que decía.

—Antes de subirte al avión me dijiste que te soltara un puñetazo si alguna vez te dejabas atrapar por una mujer.

—En un mes y medio pueden suceder muchas cosas. —Se encogió de hombros y le hizo ver que nada de lo que dijera le haría cambiar de idea—. La boda es dentro de una semana, por lo tanto te agradecería que no me golpearas en la cara.

A Jesse se le escapó una risa cansina que era el reflejo de su enorme desconcierto. A duras penas podía creerse que fuera su amigo Chad Macklin quien le estuviera hablando de matrimonio y de amor eterno. Precisamente Chad, al que solo le había faltado ponerse de rodillas para suplicarle que jamás se casara con June. Y sus súplicas no obedecían a que Chad tuviera poderes adivinatorios respecto a la mujer que lo había

dejado plantado por otro, sino a que Chad tenía una pésima concepción sobre el matrimonio. Siempre se había proclamado alérgico a las relaciones sentimentales.

—No voy a ir a la boda. No quiero ver cómo te pones la sogá en el cuello.

—Por supuesto que irás. No puede haber una boda sin padrino.

—Búscate a otro, el pueblo está lleno de catetos que también creen en toda esa parafernalia del matrimonio y el amor eterno —dijo con sarcasmo.

Chad volvió a reír y agarró su café para hacer desaparecer la risa. Después de un trago prosiguió con la que ya sabía que sería una trabajosa tarea. Pero conocía a Jesse y sus puntos flacos, y deliberadamente tocó donde más podía dolerle.

—Tú problema no es que no quieras ir a la boda. Lo que sucede es que no quieres ir a Beaufort para no tener que encontrarte con June y con Keith. Pero todo el mundo se ha olvidado ya de ese incidente. En el pueblo ya nadie te recuerda como el capullo que dejaba sola a June durante largas temporadas que fueron aprovechadas por el bueno de Keith Sloan para robártela.

—Gracias por lo de capullo —replicó, curvando los labios en una sonrisa torcida.

—¿Acaso continúas enamorado de ella? —le preguntó con provocación.

—No me hagas reír. Me ofende que lo preguntes. Me humilló delante de todo el pueblo, ¿cómo puedo continuar queriéndola?

—El corazón tiene razones que la razón no entiende.

Jesse no lo podía creer. Su mejor amigo, aquel que prefería cortarse un dedo antes que caer en las redes del matrimonio, no solo iba a casarse, sino que además se había convertido en todo un sentimental. Jesse no estaba seguro de si echarse a reír o llorar.

—Jamás he escuchado nada tan cursi.

—Pero es cierto —asintió Chad.

—No estoy enamorado de June —dijo secamente.

—Lo que tu digas. —Chad alzó la manos—. Su matrimonio está en crisis. Ya no viven bajo el mismo techo.

Jesse alzó una ceja, pero enseguida decidió que no quería mostrar sorpresa. No deseaba demostrar ninguna emoción respecto a June, aunque algo indefinido agitó su interior.

—No me extraña; Keith sí que es un capullo.

—¿Me vas a decir que no te importa?

—Ni lo más mínimo.

—Bien. —Chad sonrió y apuró su café—. Entonces no existe excusa posible para que no te compres un traje y acudas a mi boda.

Jesse lo miró con irritación. Desde el principio supo que no había salida, que si Chad se casaba él estaría en la ceremonia. No podía ser de otra forma. Eran amigos desde el colegio y habían pasado juntos por todas las etapas de la vida. Para Jesse, Chad era como un hermano y no podía fallarle en un acontecimiento tan importante. Sentía el deber moral de estar allí, por mucho que aborreciera la idea de volver a encontrarse con determinadas personas.

—¿Sabes? Creo que deberías demostrarle a June que ya no te importa un carajo. No has aparecido por allí en los últimos cinco años. ¿Qué crees que puede pensar ella?

—Me trae sin cuidado lo que piense.

—A mí sí que me importa. Quiero que se le remuevan las entrañas cuando te vea con otra mujer. Por su culpa tengo que recorrerme medio país cada vez que quiero estar con mi amigo, así que me lo debes —sentenció.

—¿De qué mujer hablas?

—Nadie va solo a una boda.

Por toda respuesta, Jesse exhaló lentamente y recuperó su café.

—Invita a una de tus amigas. Seguro que tienes a un montón de candidatas.

A Jesse no se le ocurría ninguna con la que le apeteciera pasar unos días en Beaufort. Su relación con las mujeres se limitaba a tener sexo sin complicaciones, y no solía repetir con la misma mujer para evitar el riesgo de encariñarse con alguna. Por otra parte, aquellas con las que no se acostaba no encajaban en los cánones de belleza precisamente. No podía invitar a Tammy Abbot, la dependienta de la tienda de bricolaje. Tammy era un encanto, pero pesaba alrededor de cien kilos

más que él. También descartó a Sally Mcpherson, su casera, que todavía no había descubierto que la crema depilatoria existía.

—Lo pensaré, aunque ya sabes que no conservo la amistad con ninguna de las mujeres con las que me acuesto.

—Tienes una semana para encontrar a alguna, pero procura que además de guapa sea inteligente. Para ti es pan comido.

Chad alzó la taza de café esperando a que Jesse se decidiera a brindar con él. Tardó unos segundos pero, finalmente, Jesse le secundó y la hizo chocar contra la de su amigo.

Erin cruzó rauda el inmenso vestíbulo para alcanzar el ascensor. Había tanto movimiento en la torre Sears que, a pesar de sus diez ascensores internos, si dejabas escapar la oportunidad de subirte a uno, era fácil que hubiera que esperar más de diez minutos para conseguir el siguiente. Erin ocupó el único hueco disponible que había junto a un hombre con traje y corbata, cuya barriga era tan inmensa que ocupaba el espacio de dos personas. Erin se volvió de cara a la puerta y estrechó su cartera de piel contra el pecho. Si las oficinas no estuvieran en el piso número cien, Erin no utilizaría los ascensores.

Sacó la agenda de su cartera de piel y la extendió sobre la mesa de su despacho. Tenía tres entrevistas de trabajo con tres pilotos profesionales y una para cubrir el puesto de la secretaria del jefe de contabilidad y finanzas. Hernest Spencer era el mayor mamarracho que trabajaba en Mathews & Parrish. Se habían contratado sus servicios hacía dos años y durante ese tiempo siete secretarías diferentes habían pasado por el puesto. Se rumoreaba que las relaciones que entablaba con ellas iban más allá de lo profesional. En esta ocasión, Erin iba a asegurarse de que eso no volviera a suceder y sonrió con malicia mientras apilaba en un montoncito los currículos seleccionados.

Después, decidió ir a ver a su hermana.

Alice tenía la nariz enterrada entre expedientes judiciales, denuncias, demandas, multas de tráfico y contenciosos en curso. Con el ceño fruncido, daba golpecitos con la punta de un lápiz sobre los papeles y balanceaba un pie bajo la mesa.

Cuando Erin supo que su hermana volvía a Chicago para quedarse de forma permanente, pensó que regresar al hogar tras largos años de destierro en Londres le sentaría bien, pero a Alice se la veía igual de agobiada e infeliz que en las largas conversaciones telefónicas que mantenían cuando las separaba el océano Atlántico.

Alice soltó el lápiz y enterró la cara entre las manos, fro-tándose los ojos con las yemas de los dedos.

—¿Va todo bien? —le preguntó Erin desde la puerta.

Alice retiró las manos de la cara y esbozó una sonrisa forzada. Luego cerró el expediente con un golpe seco y lo arrojó al fondo de la mesa, donde había otros muchos acumulados.

—Ahora mucho mejor.

—Trabajas demasiado. —Erin cruzó el elegante despacho de Alice, que estaba decorado en tonos blancos y marfil, y tomó asiento en una silla reclinable tapizada en cuero.

—Díselo al señor Mathews. Se cree que soy una abogada excepcional y delega en mí la mayoría del trabajo.

Alice siempre se dirigía a su padre como el señor Mathews. Erin creía que era una forma de mantener las distancias.

—Eres una abogada excepcional.

—No, no lo soy. Trabajo duro, que es diferente. —Contempló su mesa abarrotada de expedientes, donde no había ni un hueco libre sobre la superficie para adivinar su color, y puso una mueca de aversión—. Estoy cansada de esto. Cada día más aburrida, estresada y harta.

No era la primera vez que lo decía, pero la frustración de la que adolecían sus palabras era cada vez más evidente. Para alguien como Alice, que era una persona muy independiente y siempre había tenido un carácter rebelde e inquieto, ocho años viviendo bajo el yugo laboral que le imponía Wayne Mathews eran demasiados. Erin temía que toda esa contención explotara en cualquier momento y Alice lo mandara todo al infierno.

—Lo mirarás con otros ojos cuando pasen unos días, ya lo verás —dijo Erin con esperanza, pero se topó de lleno con la incredulidad que reflejaban los ojos de su hermana. No obstante, prosiguió argumentando—: El ritmo de Chicago es completamente diferente al de Londres, y William Parrish es mucho más flexible y permisivo que papá, pero pronto te adaptarás.

—William Parrish, el padre de Neil, era el socio fundador de la empresa. Cuando inauguraron la filial en Londres, Parrish se trasladó allí para ocuparse personalmente de los negocios de la sede británica—. Y en cuanto a papá... bueno, ahora merodea constantemente a tu alrededor, pero es la novedad, pronto se dedicará a sus asuntos y te dejará en paz.

—No me resultas nada convincente. Sobre todo en lo que respecta al señor Mathews.

Las mentiras piadosas de Erin nunca sonaban persuasivas, por eso casi nunca mentía.

—Sabes que yo estoy siempre de tu parte, pero creo que deberías aprender a tratar con papá. Si te enfrentas a él continuamente jamás conseguirás salirte con la tuya.

—Erin, yo no soy como tú. No puedo permanecer impasible mientras él ordena, impone y avasalla. No me da la gana. No pienso obedecer cada vez que él abra la boca, así que, no me pidas que negocie con él, no tengo la capacidad que tú tienes para echártelo todo a las espaldas.

Erin suspiró lentamente y observó cómo a mientras se levantaba de su asiento y cruzaba el despacho hacia el ventanal orientado hacia el norte. Sí, definitivamente Alice estaba a punto de explotar. La rabia que sentía hacia su padre era más patente ahora que había regresado y tenía que tratar con él todos los días. Mucho se temía Erin que los problemas de Alice no se solucionarían dejando pasar el tiempo, sino todo lo contrario, se agudizarían hasta que ya fuera imposible coexistir bajo el mismo techo.

Su hermana y su padre nunca se habían llevado bien. Ambos eran personas de mucho carácter y ninguno podía doblegar la voluntad del otro, de tal manera que la relación entre ambos siempre había sido un pulso constante. Durante la infancia y la adolescencia las cosas funcionaron más o menos bien, pero si la convivencia era relativamente pacífica se debía a que, desde pequeñas, Alice y Erin habían estudiado en colegios privados de Chicago, en régimen de internado. Como solo acudían a casa durante los fines de semana y su padre siempre estaba tan ocupado con los negocios, no había demasiado tiempo para que saltaran las chispas, aunque tampoco para estrechar lazos afectivos con ninguno de sus progenitores.

Sin embargo, hubo un punto de inflexión en la vida de Alice que cambió definitivamente la relación con su padre. Ese punto de no retorno se llamaba Jake Mancini, la razón principal por la que, probablemente, Alice odiaría a su padre durante el resto de su vida.

—No me echo las cosas a las espaldas. Simplemente, decido ser tolerante. Me gustaría que él fuera de otra manera pero papá es como es y jamás cambiará. —Erin acudió a su lado y miró el tenso perfil de Alice, que tenía los ojos azules perdidos en algún punto de la ciudad. Posó una mano en el antebrazo de Alice y lo apretó con gesto cariñoso—. No permitas que el rencor dirija tu vida. ¿No crees que ya es hora de olvidar y de seguir adelante?

Alice negó con la cabeza, tenía la mirada triste.

—Eso no sucederá mientras trabaje para él. En Londres podía soportarlo, solo nos veíamos tres veces al año y esquivaba sus llamadas de teléfono cuando me convenía. Pero ahora es diferente, Erin. Lo miro a los ojos y siento que las viejas heridas vuelven a abrirse. Le detesto por el daño que me hizo. —Apoyó una mano sobre la de Erin y la miró a los ojos con ternura—. Y lo que más me duele es que él lo sabe y prefiere morirse a disculparse.

—No estoy segura de que lo sepa. Papá siempre cree que tiene razón —dijo con pesar—. Si tanto daño te hace estar aquí, entonces ¿por qué has regresado a Chicago? Sabías lo que te encontrarías si aceptabas el traslado.

Alice fue categórica.

—Por ti. Ocho años sin ver a mi hermana salvo por Navidad y Acción de Gracias era demasiado tiempo. —Como Alice era un poco más alta que Erin, se inclinó ligeramente y la besó en la cabeza—. Te he echado muchísimo de menos.

Erin le dio un abrazo, otro más que añadir a la larga procesión de demostraciones afectivas que le había prodigado a su hermana desde que había aterrizado en el aeropuerto de Chicago. Alice era más recelosa a la hora de expresar sus sentimientos, pero Erin era todo lo contrario. Le gustaba abrazar y besar a la gente a la que quería. Alice le decía que era todo corazón.

Alice cambió repentinamente el tono y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Has conseguido captar alguna imagen escalofriante en tu aventura por Indiana?

Erin sonrió y negó con la cabeza.

—No he tenido tiempo de revisar las cintas. Quise hacerlo anoche, ya sabes lo impaciente que soy con mis investigaciones, pero después de hablar contigo me quedé dormida —le explicó.

—Pues no parece que hayas dormido lo suficiente. Tienes un aspecto desastroso. —Alice tomó un mechón rizado del cabello castaño de Erin que se había soltado de una horquilla, y volvió a ponerlo en su sitio—. ¿No te has peinado esta mañana?

—Estuve paseando por Grant Park. Allí sopla mucho el viento.

—¿Paseas por Grant Park antes de acudir a la oficina?

—Sí, estar en contacto con la naturaleza me despeja la mente.

Alice esbozó una mueca misteriosa y la interrogó con la mirada.

—¿Qué? ¿Te parece extraño?

—No me lo parecería si no supiera que Neil Parrish corre por allí todas las mañanas.

Erin se encogió de hombros y sonrió.

—Está guapísimo con ropa de deporte.

—Así que estás dispuesta a salirte con la tuya —comentó Alice, a quien no le gustaba Neil como pareja para Erin.

—Digamos que esta vez voy a poner toda la carne en el asador. Ya sé que consideras que es un miserable porque le fue infiel a su exmujer, pero no es justo juzgar a una persona sin conocer con detalle las razones que lo llevaron a hacerlo.

Alice acercó sus ojos azules a los suyos.

—Yo te diré las razones: una chica guapísima de veinte años a la que contrató como secretaria particular.

—Su matrimonio ya estaba acabado cuando eso sucedió.

—Eso es lo que dice él, pero no lo que dice Jane.

Jane Barstow era la ex de Neil, una mujer tan fría como un témpano de hielo de la que se decía que jamás sonreía para que no se le formaran arrugas gestuales. No habían sido muchas las ocasiones en las que Erin había coincidido con ella, pero las

suficientes para hacerse una idea de que Neil no podía ser feliz junto a una mujer así. El tiempo se encargó de darle la razón.

—¿Desde cuando otorgas credibilidad a las palabras de Jane Barstow? —preguntó Erin con tono aburrido. Alice no respondió a eso—. Neil es un buen tipo y lo sabes.

—Como compañero de trabajo está bien, pero como pareja sentimental lo pondría en cuarentena.

Erin sonrió, pero nada de lo que Alice le dijera cambiaría sus emociones con respecto a Neil, y su hermana lo sabía.

—Él me hace sentir algo que por ningún otro hombre he sentido jamás. No sabría definirlo, es una especie de hormigueo que me recorre de los pies a la cabeza. El estómago se me encoge, el corazón se me acelera y tengo pensamientos eróticos con tan solo una mirada suya —confesó. Alice hizo una mueca—. Ha sido así desde siempre y ahora se me presenta una oportunidad que no pienso dejar escapar. Tú mejor que nadie entiendes a lo que me refiero, Alice. Sabes lo que significa estar colgada de un hombre a lo largo de los años y a través de las circunstancias.

Alice se puso tensa y apartó los ojos de su hermana.

—No es lo mismo.

Pero aunque Alice lo viera diferente, sus argumentos para disuadir a Erin llegaron a un punto muerto en cuanto Erin hizo alusión a Jake Mancini. Alice sintió que la invadía una profunda tristeza, acentuada por la desazón que sentía al verse atrapada en un trabajo que nunca le había aportado ninguna satisfacción personal.

Alice se cruzó de brazos, que apretó sobre su cuerpo rígido, y volvió a clavar la vista en los tejados de los edificios cercanos a la torre Sears. Erin percibió su cambio de humor y se sintió culpable por haber hecho referencia a Jake, pues nombrarlo había quedado terminantemente prohibido una vez que Alice hubo marchado a Londres. Erin sabía que la reserva de su hermana y su absoluta oposición a hablar de Jake, era el peor remedio de cuantos existían para superar su dolor, pero Alice era así de rotunda, un poco parecida a su padre en ese aspecto. No solo como hermana sino también como psicóloga, Erin intentó hablar muchas veces con ella, por supuesto, usando subter-

fugios y tretas varias para que no fuera tan evidente que trataba de hacer terapia con ella. Pero Alice no quería hablar de Jake Mancini. Punto.

Erin pasó los brazos alrededor del cuerpo de su hermana y asomó la cabeza por encima de su hombro. La observó en el reflejo proyectado sobre el cristal del ventanal.

—¿Sabes lo que necesitamos? —inquirió Erin—. Una visita rápida al piso ciento tres, para subirnos la adrenalina.

Alice soltó una risita.

—¿Quieres que sufra un ataque al corazón? Me dan pánico los balcones acristalados.

—¿Cómo lo sabes si ni siquiera te has asomado? —Erin tomó a Alice de la muñeca y la arrastró consigo—. Vamos, verás como después te sientes muchísimo mejor.